

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

La paz del cristiano

Quiero dirigirme a los hijos de Dios, a los que son salvos por la obra de Cristo. Muchos hijos de Dios ignoran el completo resultado de la muerte y resurrección de Cristo en lo que concierne a cada uno de ellos. No se apropian de la preciosa verdad de que la muerte de Cristo quitó para siempre sus pecados (Hebreos 9:26) y que son los bienaventurados participantes de su vida y de su resurrección, con la cual el pecado no tiene nada que ver. Cristo fue hecho maldición por nosotros, no como algunos quisieran enseñárnoslo, naciendo bajo la maldición de una ley quebrantada, sino siendo colgado en el madero (comp. atentamente Deuteronomio 21:23 con Gálatas 3:13).

Nosotros estábamos bajo la maldición, porque vivíamos en nuestros pecados; no habíamos guardado la ley; pero Cristo, el hombre perfecto, habiéndola magnificado y engrandecido a través de su perfecta obediencia (Isaías 42:21), vino a ser hecho maldición por nosotros siendo colgado en la cruz.

Así, en su vida, Jesús magnificó la ley de Dios, y en su muerte llevó nuestra maldición. Ahora, pues, no hay para el creyente ni maldición, ni ira, ni condenación. Aunque deba comparecer ante el tribunal de Cristo, éste le será tan favorable como lo es ahora el trono de la gracia. El tribunal

manifestará su verdadera condición, esto es, que nada existe en su contra. Lo que el creyente es, Dios lo produjo. Él es la obra de Dios (Efesios 2:10). Dios vino a él cuando se encontraba en estado de muerte y de condenación, y ha sido hecho exactamente tal como Dios quería que fuese. El Juez mismo ha borrado sus pecados y Cristo es su justicia, de manera que el tribunal ha de serle favorable. Hay más aún: allí en el tribunal de Cristo oírás la declaración pública y solemne, hecha ante el cielo, la tierra y el infierno, que aquel que es lavado de sus pecados por la sangre del Cordero está absolutamente limpio, porque ha sido lavado por Dios (véase Juan 5:24; Romanos 8:1; 2 Corintios 5:5, 10-11). Todo lo que debía hacerse lo ha hecho Dios, y por cierto, él no condenará su propia obra. Dios ha proveído la justicia exigida; por lo tanto, no hallará en ella ningún defecto. La radiante luz de la sede judicial disipará todas las nieblas y nubes que oscureciesen a nuestros ojos las glorias incomparables y las virtudes eternas que pertenecen a la cruz, y mostrarán que el creyente está “todo limpio” (Juan 13:10; 15:3; Efesios 5:27).

Por no haberse apropiado de estas verdades fundamentales con la sencillez de la fe, un gran número de hijos de Dios se lamentan de que no poseen una paz segura, y experimentan constantes variaciones en su estado espiritual. Cada duda en el corazón de un cristiano constituye un deshonor a la palabra de Dios y al sacrificio de Cristo. Tal cristiano no está inmerso como debería estarlo, ya en este mismo momento, en aquella luz que resplandecerá desde el tribunal de Cristo; por eso se siente atormentado por las dudas y los temores. Esas fluctuaciones e incertidumbres que tantas personas sufren tienen una importancia menor porque sólo afectan la experiencia de estas personas. En cambio, los efectos que producen sobre la adoración, el

servicio y el testimonio son más graves, por cuanto el Señor no recibe la gloria que le merece. Se piensa poco en la gloria del Señor, porque para la mayoría de los cristianos el objeto principal, el fin supremo, es la salvación personal. Nos sentimos inclinados a considerar como esencial todo aquello que se relaciona directamente con nosotros, mientras que lo que afecta a la gloria de Cristo en nosotros y por nosotros es considerado como secundario.

Sin embargo, es bueno comprender que la misma verdad que da la paz segura al alma es la que pone a uno en estado de ofrecer un culto racional, de desempeñar un servicio que agrada a Dios y de dar y un testimonio eficaz. En 1 Corintios 15, el apóstol presenta la muerte y la resurrección de Cristo como el gran fundamento de todas las cosas. “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (v. 1-4). ¡Así es el Evangelio! El fundamento de la salvación es un Cristo muerto y resucitado; “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25). Ver, con los ojos de la fe, a Jesús clavado en la cruz y sentado sobre el trono, es una visión que debe dar una paz sólida a la conciencia, una perfecta libertad al corazón. Podemos mirar en el sepulcro y verlo vacío, podemos mirar arriba al trono de gloria y verlo ocupado, y proseguir gozosos nuestro camino. En la cruz, el Señor Jesús pagó todas nuestras deudas; la prueba de ello es que ahora está sentado a la diestra de Dios. El Cristo resucitado es

la prueba eterna de una redención cumplida. Entonces si la redención es un hecho cumplido, la paz del creyente es una realidad verdadera y estable. No hemos hecho la paz nosotros; nunca la pudimos haber hecho, sino que todos nuestros esfuerzos, en ese sentido, sólo habrían servido para manifestar con mayor evidencia que éramos infractores de la paz.

Pero Cristo, habiendo hecho la paz por la sangre de su cruz, se ha sentado en lugares celestiales, triunfando sobre todos los enemigos. Por Jesucristo, Dios anuncia la buena nueva de la paz. El mensaje del Evangelio trae esta paz; y el alma que cree el Evangelio tiene la paz, una paz estable ante Dios porque Cristo es su paz (véase Hechos 10:36; Romanos 5:1; Efesios 2:14; Colosenses 1:20).

De esta manera Dios no sólo satisfizo las demandas de su gloria, sino que, haciéndolo, abrió un camino por el cual su amor infinito puede descender hacia el más culpable de los humanos.

C.H.M.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).